

Muere Eulalia para la tierra y su alma blanca, como una paloma, vuela hacia el cielo, rauda, porque ha llegado el momento deseado y mejor. La paloma o Eulalia porque todo es lo mismo, «espíritu de néctar, alma de leche, niebla de candor, bello cisne suelto de la carne mortal que, libre de cárcel, y de hierros, vuela a perderse en el azul, persiguiendo el vuelo áureo de una estrella» ha ganado con el martirio la santidad.

Y acaba Prudencio alentando a los fieles, para que depositen flores sobre el cuerpo de Santa Eulalia porque «el invierno es tan fecundo, que no se priva de flores, ni hay helada capaz de amodorrar estos campos impidiendo a nuestros cestos cogerlas a porfía».

Flores, sí, flores, para esta santa emeritense, extremeña, y rezos, que también son flores, para «la Mártir» como por antonomasia denominan los habitantes de la augusta ciudad a su niña bendita.

JOSE ALVAREZ SAENZ DE BURUAGA



“De todo un poco”

Bajo este título y Dios mediante desde el número próximo, vamos a publicar los trabajos que frecuentemente se nos envían y que si no ofrecen una inmediata relación con la literatura, sí la muestran mediatamente, si nos atenemos al sentido lato de *littéra*.

Son estudios interesantes e instructivos, que, sin duda, agradarán al lector, y debidos a doctas plumas extremeñas, vinculadas por más de una razón a esta Revista.

De este modo damos mayor variedad a las páginas de *Alcántara*, contribuimos a la difusión de la cultura, en sus diversas modalidades, y complacemos, muy gustosamente, a quienes nos honran con esta clase de colaboraciones.

=

Aparecerá en el próximo número de «Alcántara»:
«Configuración, métrica y estado actual del Universo físico»,
por Eliseo Ortega Rodrigo.



Voces y expresiones viciosas

Cerúleo

Si no hubiera moneda legítima nada tendrían que temer los monederos falsos; y si no hubiera un código con su correspondiente cuadro de penas, nada tendrían que temer los que delinquen. Pero los monederos falsos están siempre temerosos de que antes o después se descubra su engaño, porque saben que existe una moneda legítima que les sirvió de modelo para acuñar la falsa; y los delincuentes saben también que, más tarde o más temprano, descubrirán su fechoría, porque existen unos servidores del Estado que les siguen la pista y unos Tribunales encargados de castigarles.

Este régimen de seguridad hace que no todos se atrevan a delinquir. Y cuando una defectuosa conformación moral de la conciencia les permitiera atropellar cuanto se les pusiera por delante, la ley positiva les abre los ojos y pone fuertes trabas a su incontinencia.

Pero donde nada hay que temer aunque exista moneda legítima y en cierto modo reglas que prescriban usos y prácticas, es en el arte. Así un audacísimo innovador pintará un árbol de ramas azules; un caballo de pelo verde, un elefante con alas o un asno con cabeza de buho. Un autor dramático sacará en mantillas a escena a su héroe, en el primer acto; le hará contraer matrimonio en el segundo y aparecer en el tercero rodeado de nietos. *Enfant au premier acte, et barbón au dernier*. (1).

Un poeta enseñará metafísica a través de sus versos; desarrollará una ecuación de cuarto o quinto grado en endecasílabos; hará que huelan los ojos, vean los oídos y palpe el olfato. Un músico variará el ritmo de la Cabalgata de las *Valkyrias* o de la obertura de *Tanhaüser*, y una orquesta de *Music-hall* se encargará de completar la soberana injuria. Y un crítico juzgará de mano de su complicado mecanismo moral; de sus gustos, hábitos, instinto, creencias, carácter, temperamento, aficiones, simpatías, etc., el más remoto pasado y echará pestes del *Pean*, porque no hay en él ningún sentimiento delicado, sutil, ultraexquisito; abominará de las fábulas de Bildpai o Esopo, porque no esté en ellas ni en germen, siquiera, la doctrina existencialista; renunciará a leer *Los trabajos y los días*, o la *Iliada*, porque ni Hesiodo ni Homero escribían a lo Rilke o a lo Mallarmé.

¡Pues vayan Vdes. a estos reyezuelos de la letra de molde, sobre

(1) Boileau, *Poética*, Canto III.

todo si son habitantes del Pindo, con estas o parecidas razones!; «Mis señores inmortales, ojo con *cerúleo*. No se dejen Vdes. engañar de las apariencias, que *cerúleo* no es lo mismo que *céreo*, como contrafigura no es igual que contrario, antípoda, antagonista, etc; ni caliginoso equivale a caluroso... Si Vdes. se dieran una vueltecita, aunque no fuera más que una vueltecita, por las páginas del Diccionario, no caerían en el risible dislate de componer un endecasílabo como éste: «Por lo *cerúlea* al cirio sobrepasa» (la faz)... ¡Pero si *cerúleo*, mis señores inmortales, no tiene nada que ver con la cera! Llámase *cerúleo* al color azul del cielo cuando no hay en éste una sola nube, es decir, cuando está despejado, limpio de celajes, cirros, etc.; o al de la alta mar en calma, o al de un hermoso lago, como el *Constanza*, el *Mayor*, el de *Lucerna*.

...cuanto baña en la terrestre esfera,
sin excepción de promontorio alguno,
el *cerúleo* Neptuno...

que escribió Lope de Vega.

Y por la misma razón que se aplica dicha voz al color azul, se llama *cerulina* en Química al azul de añil soluble. Conque abran Vdes. bien los ojos, mis señores poetas, y cuidado con esas palabras de engañosa morfología».

En cierta ocasión dió de narices una persona en un libro con la expresión latina *vultum tuum*, y exclamó para entre sí: «¡Tate! Aquí tenemos una forma culta de decir al buen tuntún; y ni còrto ni perezoso lo espetó así en la primer coyuntura que se le ofreció.

Que vuestas mercedes, mis señores inmortales, se vean siempre libres de tamaños desaguizados. Y para que no tengan la menor duda de que *cerúleo* no es lo que creyó el poeta de marras, tomen nota del correcto empleo que dieron a esta voz los autores siguientes:

«Malhaya el que, forzado del dinero,—el nunca arado mar surcó de suerte—que en sepultura natural convierte—el imperio *cerúleo*, húmedo y fiero» ¿Quevedo?

«...cuando está turbado el mar tiene un color *cerúleo*, verde y negro». Fray Pedro de Oña.

«Cruza el salmón y el piélagó divide—tras la dulce corriente,—do en paz deponga sus fecundas ovas;—y un vulgo insulso espárcese impaciente—a morar libre entre *cerúleas* tobas». Juan Meléndez Valdés. (*Odas filosóficas y sagradas*).

«...con la serenidad de sus olas competía la transparencia del hemisferio, el sol sumergía su disco en los confines del opuesto, cruzaba la *cerúlea* planicie una temblorosa faja de oro». D. Tomás Aguiló (*El Infante de Mallorca*).

«Las españolas naos,—ondeando el gallardete en la alta entena,—veo ya hendiendo la *cerúlea* onda». D. Javier de Burgos. (*A los progresos de la industria*).

«Vestida del sol coronada de estrellas, sobre nubes, con su manto *cerúleo* en los hombros». Castelar. (*Fra Filippo Lippi*).

«...las ven súbitamente tomar alas (las *avecillas*) con la celeridad del pensamiento, elevarse a los aires, perderse en los abismos *cerúleos*...». Ibidem.

«...al desprenderse un alma justa de un cuerpo sin mancha para volar y perderse por las *cerúleas* esferas del *Empíreo*». Castelar. (*El Suspiro del Moro*).

«...como esas aves que van emparejadas y cantando por los espacios *cerúleos*». Ibidem.

«... y del *cerúleo* mar, la rubia arena». Vargas y Ponce. (*Proclama de un solterón*).

«Las tejas son de un azul *cerúleo*, en armonía con el culto celeste». V. Blasco Ibáñez. (*La vuelta al mundo de un novelista*).

¿No creen Vds. mis discretos lectores, que no estaría de más que se estableciese una especie de código literario, con su correspondiente cuadrito de sanciones, todo lo suaves y benígnas que se quiera, para traer al buen camino a estos pequeños infractores de la letra impresa? Porque mientras cada uno pueda hacer lo que le pete; mientras se tome a fiesta y tararira, unas veces por ignorancia y otras adrede, el verdadero significado de las palabras, el régimen de los verbos el acento del verso, la naturaleza de las cosas, el ritmo de las obras maestras de la música, los preceptos que son consustanciales al arte, como por ejemplo, la unidad de acción: *simplex dumtaxat et unum* .. nada ganaremos, como no sea fama de poco juiciosos.

Quien escribe *cerúleo*

en vez de *céreo*.

comete con la lengua

un atropello.

¡Cuidad de las palabras,

válgame el cielo.

que estío es una cosa

y otra el invierno!

UN APRENDIZ DE HABLISTA

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.